

Patricia Rodríguez Sarabia

EL ÁNGEL

-¿Yo? No.

Nació en México, D.F., en 1945, estudió medicina en la UNAM e hizo la especialidad en psiquiatría. Entre sus publicaciones están: *Rebumbios del gineceo* (1997), *La mujer bonsai* (1997), *De piel de víbora* (1998), novela que se adaptó para cine en 2001; *A fuego lento* (1999); *De armas tomar* (1999); *Cuando tú estés muerta* (2000), que obtuvo mención honorífica en el Premio DEMAC; *En busca del útero perdido* (2001); y *¿En dónde están los hombres?* (2002). Además ha escrito dos juegos escénicos: *Diálogo imaginario entre Isabel de Portugal y Pelegrín Clavé*. Y *Sobre las manzanas, monólogo de la manzana y Eva y Adán*.

SIEMPRE ESCUCHÉ DECIR que en el año 2000 se acabaría el mundo. Las monjas de la escuela lo anunciaron todos los días durante mis seis años de primaria; cada tercer día en los tres de secundaria y al menos una vez al mes en la preparatoria. Supuse que el intervalo se debía a que estaban aburridas de repetirlo, y sabían que nosotras ya estábamos enteradas. Yo tendré 19 años para entonces y apenas terminaré la preparatoria. No es muy estimulante saber que mis estudios no van a servir para nada. Según las predicciones del propio Nostradamus, porque me he vuelto una lectora voraz de libros apocalípticos, no podré inscribirme en la Universidad. Ni siquiera me preocupa averiguar si la Anahuac es mejor que la Ibero, tampoco importa si estudio para Chef o me inscribo en la facultad de Filosofía. No tendré tiempo de recibirme y mucho menos de ejercer. La carrera de astronauta la descarté cuando pasaron en la televisión la explosión de una nave espacial en cabo Cañaveral. La escena del lanzamiento y la explosión la repitieron tantas veces, algunas en cámara lenta, que lograron crearme una larga temporada de pesadillas. En esa nave viajaba una mujer joven, les decía adiós a sus familiares con la mano, como si estuviera abordando un tren. Me habría gustado saber si los tripulantes sufrieron durante la explosión o si no se dieron cuenta de lo que pasaba. ¿No daremos cuenta cuándo se acabe el mundo?

Soy una chica posmoderna y no me dio, como a mi mamá, por soñar con ser trapecista o bailarina de ballet

acuático. En estos tiempos todos son cirqueros, se los ve en cada bocacalle de la ciudad de México, ya estamos acostumbrados a caminar por la cuerda floja. Tampoco me preocupa casarme virgen y tener hijitos, ni comprar una casa con un crédito a veinte años, si no habrá tiempo de pagarla. Los de mi generación nos reímos con amargura de los ideales de nuestros padres. Nos parece ridículo comprar seguros de vida, de gastos médicos mayores o ahorrar para el retiro. Queremos vivir deprisa, al instante. En nuestro vídeo clip no veremos las consecuencias de nuestros actos. Una explosión atómica causada por error en un laboratorio de Bangla Desh, una peste originada en Namibia, un temblor de tierra, como presagian las profecías mesoamericanas, ó una sobredosis generalizada de psicotrópicos terminará con nosotros rápidamente.

Ninguna de mis amigas llegó a los 15 años virgen. No nos asustan las llamas de infierno ni el flagelo del SIDA. Aunque ya no es fácil encontrar hombres que les interese hacer el amor con mujeres. En nuestra generación a los hombres les gustan los hombres y a las mujeres las mujeres. Foucault y un tal Lyotard llenaron páginas en blanco para explicar lo que pasa en nuestros tiempos. Que teoricen, que filosofen, que llenen el vacío con sus conceptos inútiles. Los libros son flores marchitas para gente marchita. Los he visto en el buró de mi madre. Subraya párrafos enteros con plumones de colores y después me hace preguntas capciosas con las que me hace sentir ratón de laboratorio. Me escapo cuando puedo a los antros y bailo sola por horas. Son tiempos de individualistas solitarios, nuestros cuerpos chocan sin que eso tenga consecuencias. Siempre hay quien me ofrece un papelito doblado con polvo blanco, que acepto de buen grado, después de inhalarlo mis pies se vuelven ligeros como los de Fred Astaire, un bailarín flaco que he visto en viejas películas en blanco y negro en la televisión. Ignoro los hielos que lanzan desde las mesas los aburridos y vuelan por la pista buscando un ojo para hacer un tuerto o dejar al menos un buen moretón. Soy temeraria, como musulmán adolescente que busca minas enterradas en la guerra del

Golfo. Cuando llego en la madrugada mis padres se hacen los dormidos, viven llenos de temores que les inyectaron un tal Freud y sus secuaces. No saben si es correcto reprenderme: tienen miedo de coartar mi libertad. Son viejos hipíes, falsos liberados, conscientes de que se acabaron el mundo de sus hijos. Los domingos me quedo despatarrada en mi cama, escucho música, veo videoclips, navego en Internet. Mis padres tocan a mi puerta a la hora de comer, con temor de ser imprudentes, para preguntarme si prefiero que pidan por teléfono, pizza, sushi, pollo rostizado o paella. Vuelven a tocar cuando llega el repartidor y los tres comemos frente al televisor encendido, como una familia normal.

Mientras comemos mis padres discuten si deben cambiar la marca de sus teléfonos celulares, reflexionan sobre los nuevos modelos ultraligeros y los precios de algunas compañías.

–Voy a salir hoy en la noche –los interrumpo.

–¿Otra vez? –pregunta mi madre.

–Saliste anoche –segunda mi padre.

–Otra vez –digo masticando mi pedazo de pizza Hawaiana, que piden porque saben que es mi preferida.

–Bueno María –dice mi madre–, tú sabes lo que haces.

–Ya estás grandecita –agrega mi padre–, sólo te pido que tengas cuidado, la ciudad se ha vuelto muy peligrosa.

–¿Y qué quieren que haga?

–Que te cuides –contesta mi padre.

–¿Cómo? –pregunto para ponerlo en un aprieto.

–Llévate mi teléfono celular –dice mi madre–. Nos tocó vivir en este mundo y ni modo.

–Ni modo –repite mi padre como un eco.

–María, no olvides los condones –dice mi madre.

–¡Ana! –Exclama mi padre.

–Tú no hables, Joaquín., es mejor que los lleve.

Salgo con el paquete de condones *Paraíso* que puso mi madre en mi bolsa al lado del celular y las llaves del carro. No sé si iré al Pesebre o al Equivoque, son dos antros de moda en el centro de la ciudad. Decido ir al Pesebre,

en el otro una no sabe con quién se baila. Mis amigas dicen que cuando vea una mujer muy glamorosa puedo estar segura de que es un travestido, son más femeninos que las mujeres, son los últimos mohicanos de la moda. Frente al antro le entrego mi auto al valet parking y entro decidida a pasarla bien. En el Pesebre los meseros están vestidos de romanos, la decoración reproduce la Jerusalén de las películas viejas. Magdalena, una compañera de escuela me hace señas para que me una a su grupo. La noche es joven pero todos ya están muy adelantados en tragos y otras cositas. Pido un tequila añejo, el mesero me ofrece un papelito con polvo por unos pesos más. Acepto. La euforia me lleva al centro de la pista, en donde nadie baila. Es la hora de la nostalgia, tocan música de los Beatles. Magdalena dice que es para rucos. A mí me gusta la letra de sus canciones. Cuando dicen: *if i fell in love with you, will you promise to be true*, son involuntariamente cómicos. A contraluz, del fondo del salón, se dirige a mí un hombre, camina ligero, como si flotara. Su cabellera larga y sedosa la lleva atada en una cola de caballo, los hombres tienen las cabelleras más cuidadas. Más cerca confirmo que es guapo y fuerte. Viene vestido con un overol de mezclilla deslavada. Una camiseta sin mangas muestra sus brazos totalmente cubiertos de tatuajes extraordinarios. Baila conmigo sin tocarme y los tatuajes cobran vida cuando mueve los músculos al ritmo de la música. Lo observo bajo la luz de los reflectores: Usa sandalias franciscanas, tiene tatuados los empeines con extraños signos, dos aretes de plata brillan en su lóbulo izquierdo, uno solo, con una piedra roja, en el derecho, en las muñecas lleva sendas pulseras de cuero negro, y en el cuello un cordel con tres cuentas de colores distintos.

– ¿Bailamos? –me pregunta.

–Estamos bailando –contesto burlona.

–No, así no. Quiero que bailemos como antes se bailaba.

– ¿De pareja?

–Sí. Tocándonos

–Qué horror –pongo mi mano izquierda en su hombro derecho y la derecha la toma con su mano izquierda–. ¿De qué rancho vienes?

–Vengo de lejos.

–¿Lejos en el tiempo o en el espacio?

–Lejos en el tiempo y en el espacio.

–Me gustan tus tatuajes, son extraños.

–Algunos son maoríes, otros hindúes, también tengo aztecas.

–¿Dónde tienes los aztecas?

–En mi pecho –se levanta la camiseta para mostrárselos.

Un calendario azteca toma el pezón derecho como centro gravitacional. El delicado pezón, color de rosa, está atravesado por una argolla de oro.

– ¿Dolió mucho? –arrugo la nariz.

–Un poco.

Levanto mi sudadera para mostrarle el girasol que me tatué en el ombligo a escondidas de mis padres.

–A mí sí me dolió, pero pienso tatuarme un mosquito aplastado en el tobillo, como el de Magdalena.

–El que me dolió fue el arete del ombligo. Tuve mucho cuidado para que no se me infectara –dice lleno de orgullo, como un pirata que se jacta de sus heridas de guerra.

– ¿Me lo enseñas? –le pido curiosa.

– No delante de todos. Además no vine a eso.

–Primero dime cómo te llamas y después a qué viniste.

–Me llamo Gabriel y vine a buscarte a ti. ¿Has oído hablar del fin del mundo?

–¿Eres un loco de esos que andan metidos en sectas esotéricas? –lo suelto como si su cuerpo quemara.

–No soy uno de esos locos. Vine a decirte que estás embarazada.

–¿Yo? Te mandó mi mamá para hacerme enojar. No estoy embarazada porque mi pareja siempre usa condón.

Si no fueras de rancho sabrías que todos los usamos desde que a los monos de Zaire les dio por hacer el amor con los hombres para contagiarles el virus del SIDA.

—No lo usaste la última vez.

—¿Con mi amiga Carla? Fíjate que entre mujeres no nos embarazamos, aunque para la clonación se necesite sólo de tejidos femeninos.

—Piensa bien, María, ¿cuándo fue la última vez?

—No me vengas con que embarazas a las mujeres bailando. Ni que fueras de otro planeta.

—Esta mañana abriste la ventana de tu recámara.

—¿Eres psíquico?

—Entró una paloma y se paró en tu hombro.

—¿Me vas a decir que era el Espíritu Santo?

—Así es. Vine a decirte que vas a parir al único que nos puede salvar del fin del mundo.

—Marías hay muchas, te puedes haber equivocado. En este país hay tantas como Guadalupes. Yo no quiero ser madre, lo que me anuncias es, para mí, el equivalente al fin del mundo. Además si el mundo no se acaba mis padres me van a obligar a estudiar una carrera, van a querer que me case, tenga hijitos y se los lleve de visita todos los domingos.

La pista se llena, los cuerpos se agitan con la música techno, se acabó la hora de la nostalgia. Magdalena se acerca para que le presente a mi nuevo amigo. Me muevo frenéticamente al ritmo de los tambores.

—Cuidate —dice Gabriel antes de irse del brazo de Magdalena.

—Te delataste, ésa es la palabra preferida de mis padres. —grito para que me escuche en medio del infernal ruido de la música—. Pienso bailar como loca hasta abortar y si no lo consigo hoy, mañana me voy a pasear en moto por los durmientes de la vía del tren. ¿Dónde está ese pinche mesero? —Digo, mientras lo busco por todos lados.—. Ese güey me dio algo que hace delirar.